

VOCES INTERIORES

tiene su lava, que primero devasta, pero que después fecunda.

* * *

I

Este siglo es grande y fuerte y está animado por un noble impulso; por todas partes va como misionero el pensamiento, y el ruido del trabajo, entre la algarabía humana, se confunde con el ruido divino de la creación.

Poderosos poetas, que Dios impulsa, lanzan sobre nosotros los rayos de sus inspiradas frentes. El arte tiene frescos valles, en los que las almas, inclinadas sobre ellos, beben la poesía en sagrados arroyos.

* * *

* * *

Por todas partes, en las ciudades y en la soledad, el hombre es fiel a la leche que le ha nutrido, y en el bloque informe de la sombra multitud el pensamiento activo esculpe las naciones.

Piedra a piedra, pensando en las antiguas y extinguidas creencias, en la sociedad que se bambolea a todos los vientos reedifica el pensador estas dos columnas santas: el respeto a los ancianos y el amor a los niños.

* * *

* * *

El patíbulo envejece y se desmorona; la plaza de la Greve se lava; el motín se duerme. Van a aparecer mejores días. El pueblo tiene su cólera, como el volcán

El deber, hijo del derecho, habita en nuestros hogares como un huésped augusto. Los mendigos agrupados a la sombra de los pórticos, tienen menos odio

... el corazón que tenían antes,
y menos ira en los ojos.

* * *

La austera verdad no tiene ya sus puertas cerradas y desciframos toda palabra. Nuestro espíritu, pasmado, leyendo continuamente en el libro de la naturaleza, descubre en el universo un sentido inesperado.

* * *

¡Oh poetas! El hierro y el vapor ardiente, mientras vosotros soñáis, libran en la tierra del antiguo peso a los objetos pendientes que sobre pesados ejes trituraban los empedrados.

* * *

El hombre obliga que le sirva a la materia ciega. Piensa, busca y crea. Merced a su vivo soplo, los gérmenes dispersos por toda la naturaleza tiemblan, como se estremece un bosque al soplo del viento.

*

Sí, todo camina, todo crece. Cada hora fugitiva que pasa deja su huella. Surge un gran siglo, y contemplando de lejos luminosas playas, el hombre ve, como un río, crecer y engrandecerse su destino.

* * *

En el magnífico progreso, del que nuestra época se vanagloria, en medio del poderoso brillo de un siglo deslumbrador, me espanta en secreto, Dios mío, que el eco de tu voz vaya debilitándose...

15 de abril de 1837.

II

«SUNT LACRYME RERUM»

I

Murió. Ninguno de los grupos del pueblo, urna de donde sale la cólera o el amor, ha manifestado a su muerte compasión, ni alabanza, ni respeto, nada. No ha cambiado en lo más mínimo el aspecto de este siglo tempestuoso, mar erizado de arrecifes, en el que el hecho, ese oleaje sombrío, se deshace en espuma a su choque contra las ideas. En ningún templo de nuestras ciudades le lloraron, ni se oyó el toque de difuntos. La prensa vocinglera, esa loba pendenciera, apenas se dignó volver la cabeza y mirar desdeñosamente; ni siquiera la oímos gruñir irritada y morder en esa púrpura; todo y todos siguieron su curso natural; las mareas en la playa, la multitud afanosa tras el dinero, el pensador tras el

desarrollo de sus ideas, todo continuó lo mismo; nadie exclamó siquiera: «¡Un rey acaba de morir!»

I

Tétricos cañones, alineados delante de los Inválidos, como las esfinges al pie de las grandes pirámides; dragones de bronce, enormes, de abiertas fauces, terribles guardianes de ese palacio, edificado por manos de gigantes, al oír la exclamación, que en otros tiempos os hubiera hecho rugir a todos: «¡El rey de Francia ha muerto!»—¿cómo es que como el león cautivo, sacudiendo su cadena, no os habéis estremecido sobre la cureña, y despertándoos súbitamente, no os habéis dicho unos a otros:—«¿El rey de Francia ha muerto?»—¿Cómo es que sin hacer salvas fúnebres ha sido clavado el sarcófago silenciosamente? ¿Cómo es que no ha salido siquiera de vuestros afustes, sordos cañones, el murmullo confuso que el vago batir de las alas de la noche arranca a las armaduras vacías? ¿Es que os habéis prostituido en nuestras luchas civiles, y sois ahora, como nuestros nobles, viles y sonoros? ¿Es que ya viejos y enmohecidos, remachados en vuestro sitio, arrodillados siempre ante todo lo que pasa, retirados del combate y custodiados en algún oscuro rincón por veteranos lisiados, olvidados del ejército, servís única-

mente para nacer humo ante todos los vencedores, y reservándoos para esas solemnidades, habéis arraigado en esta cobardía? ¡Cobardes cañones que la guerra rechaza, cuya voz se malgasta en las fiestas, vosotros que glorificáis a los que vienen, pero no a los que se van; vosotros que sois cortesanos de bronce desde hace treinta años, y lo mismo habéis adorado a Enrique IV que a Luis XI, habiendo tributado vuestros aplausos a todo y a todo habéis saludado, callando sólo cuando el pueblo silba! ¡Cobardes! sentís preferencias por los hombres afortunados: en el ardiente molde, al construirs el fundidor, mezcló con el estaño y el cobre el olvido de aquel que cae vencido; porque el que muere desterrado no vivió para vosotros; porque vuestros pulmones de hierro, de los que sale un hálito de fuego, permanecen mudos para Goritz, lo mismo que para Santa Elena. ¡Sois infames!... Pero no; nosotros somos los insensatos y los que merecemos el desprecio, porque vosotros nos obedecéis; sois prisioneros y esclavos. La guerra os emplazó para surgir en las batallas, y nosotros os empleamos para salpicaros con el cieno de París, y os encerramos bajo sellos dentro de un palacio centenario, para introducir en vuestro vientre un relámpago que en nada se parece al rayo. Nosotros debemos ser los infamados, porque pusimos nuestra alma abyecta en esos

bronces sagrados. Salimos del oprobio, y ellos permanecen en él cautivos; el día en que mueren los reyes proscriptos, no pueden, lanzando nubes de humo, prolongar en París sus brillantes sollozos, y a semejanza de perros atados a las murallas, con quejumbroso aullido asistir a los funerales. Mudos, con los cuellos inclinados hacia el suelo, permanecéis ahí inactivos y tristes, pensando en la bajeza de los hombres, que consigue lograr que los cañones sientan el rubor de la vergüenza.

III

Os calláis, pero yo no puedo callarme; mi Musa, que algunas veces se resiste a cantar a la aurora, nunca se niega a cantar al sol poniente; yo que en otro tiempo fuí recibido como un huésped en Reims por el rey Carlos, yo que compadecí sus desgracias y que censuré sus defectos, yo no me callaré. Descenderé encorvado hasta el subterráneo profundo donde duerme su último sueño ese rey caído; suspenderé mi alma en la oscura bóveda, y sin cesar, por su triste recuerdo, mi espíritu, en estos tiempos en los que es contagioso el olvido hará que velen sus sombra mis versos religiosos. Nada me importa que todo el mundo le olvide; yo quiero dedicarle los cantos de mi lira, que yo pro-

feso afecto a todos los que padecieron, excepto a los malvados. ¿Qué me importa, después de todo, que seis años atrás ese rey fuese separado de las testas coronadas, ruina lanzada en la playa por las olas de los acontecimientos; que durante mucho tiempo viviese en la obscuridad, y que llegando a los umbrales de la vejez, sin trono y sin diadema, agonizase en el destierro, que es la primera muerte de los reyes? Le diré, sin miedo de que nadie me censure, que su advenimiento al trono tuvo por hermana a mi juventud, que Saint-Remy nos recibió dentro de sus triunfales muros en el mismo día a los dos, a él viejo, a mí casi niño, y que no quiero que el arpa que sonó en elogio suyo consienta que se cierre silenciosamente el ataúd para ese rey muerto. Mientras que en la lejanía la multitud susurra, la augusta piedad, servidora de los proscriptos, que los entierra con su mortaja más limpia, no pedirá inútilmente a mi afligido pensamiento un pedazo de terciopelo para cubrir ese féretro augusto.

IV

Magnífico estaba el palacio de Versalles en aquellos días puros y felices que esmaltaban su frente con toda clase de prosperidades. El fausto allí no conocía límites;

los nobles, los palaciegos, todos seguían a su señor, y como a un mismo término se dirigen cien caminos, a él arribaban todas las grandezas.

* * *

En la época de nuestros padres, Versalles resplandecía aún: los leones poseen amplias cavernas y los príncipes palacios regios. Cada vez que el envidioso pueblo contemplaba desde su sencilla morada ese soberbio palacio, volvía más pálido a su obscuridad, llevando en los ojos un espléndido deslumbramiento de reyes, de mujeres y de dioses.

* * *

Entonces reían y esperaban tres niños bajo sus artesonados techos; los dos Luises, primogénitos de Francia, y el joven y hermoso Carlos, conde de Artois, los tres nacidos bajo el regio dosel, semillas de próspera suerte para la nación; cerca de ellos estaba el rey, en quien tiene todo su principio, debajo de ellos el pueblo inmenso y encima la bondad de Dios.

V

¿Quién les hubiera predicho entonces el cruel destino que les esperaba? ¿Quién les hubiera pronosticado que vendría un día en reyes!»

* * *

¿Quién les hubiera dicho que un día caerían desplomados del techo desnudo de las Tullerías lises y delfines, como montón de armas viejas, y que más tarde, en misteriosa época futura, un corso, que no había nacido aún, esculpiría un águila en el frontón del Louvre?

* * *

¿Quién les diría que su morada real de Saint-Cloud se alhajaría para otro, y que en sus hermosos jardines de Le Notre, por los que sentían tanto cariño, *deliciosos parques, en los que reparaban las juveniles fuerzas, los caballos de Crimea habían de morder un día las cortezas de los árboles seculares de Luis el Grande?

VI

En esos felices tiempos, ¡oh Dios! con qué terror, espantada su madre, pálida y temblorosa, los hubiera estrechado contra su corazón si alguna visión, turbando sus días gozosos, se les hubiera aparecido, lanzando este grito terrible:—«Niños. los tres seréis

* * *

Esa voz profética también hubiera podido añadir: —«Niños, será muy triste vuestra aurora; para vosotros serán los cetros infaustos presentes. ¿Por qué el Dios que quiere castigar a Babilonia os hace nacer en esta época al pie del trono? ¿Qué delito habéis cometido, pobres inocentes?

* * *

«Hermosos niños, que siendo tan puros y tan tiernos miráis con sorpresa que todos os adulan, veis ancianos con vestiduras de escarlata que os hablan doblada la rodilla, y que cuando los severos Malesherbes levantan la frente con orgullo, os marcháis a jugar a los jardines, sin pensar que acabarán todas esas adulaciones ni que vuestra raza, que zozobra, esconde en el misterio, en sus dos extremos, a Ravailac en el pasado y a Robespierre en el porvenir?

* * *

«Al Louvre, cuyos viejos muros guardan los retratos de los reyes aventureros, id a ver cómo os miran Carlos I y Jacobo II. Obscurece vuestro horizonte una nube, y el suelo extranjero, la tierra natal, el motín y la guerra desastrosa, devorarán vuestros días malditos. De vosotros tres, niños, sobre los que pesan las

antiguas ruinas de Francia, e primero se llamará Luis XVI y e último se llamará Carlos X.

* * *

«El niño mayor poco apegado a la vida, que no confie en la gloria ni en el afecto del pueblo y que adquiera el valor que necesita para resistir a la negra tenebrosidad que hacia él avanza; que piense en el cielo lluvioso y en el chirrido de las ruedas de una carreta, y que entrevea en lontananza, sobresaliendo por encima de la muchedumbre, la silueta confusa de un patíbulo.

* * *

«Hermanos por el nacimiento y por la desgracia, los otros dos niños huirán arrastrados por los aquilones; el reinado de Luis, rey de algunos desterrados solamente, comienza en el destierro, y el de Carlos en él sucumbe; el primero no será consagrado y el segundo carecerá de sepulcro; faltará un cadáver en Reims y otro en San Dionisio».

VII

Esa horrible leyenda es la historia de nuestros padres, que duermen el último sueño, cosa que parece increíble, nosotros que vivimos lo hemos presenciado.

* * *

Esos infortunios y otros más dejó caer sobre ellos la mano del Señor; ¡ahora creed en la aurora! ¡después de esto creed en la felicidad!

* * *

¡Creed en el cielo siempre límpido! ¡Tened fe en el porvenir que tanto nos halaga! ¡El porvenir es un fantasma que lo promete todo y no posee nada; tiene las manos vacías!

* * *

Los colosos tienen los pies de arcilla; vuestro abismo, Señor, es un misterio insondable. ¡Luis XV fué el culpable y Luis XVI el castigado!

* * *

El castigo yerra un camino y se desvía por decreto del Altísimo; el que obró mal vivió larga vida y poseyó el trono, y el inocente sucumbió en el patíbulo.

* * *

Las tallas que cometió el abuelo recaerán sobre los hijos, y en vano se defenderán de ellas; cuando se precipita la nieve sobre el padre, el hijo sufre las consecuencias del alud.

* * *

¡Mar profundo de las revoluciones, terribles enseñanzas en el alborotado movimiento de vuestras olas se ven flotar confundidamente!

VIII

¡Carlos XI! ¡El Señor que da y que quita todo cuanto le place forjó para su cabeza una corona demasiado pesada! El imperio aun estaba muy próximo y los tiempos eran muy difíciles. Una gran sombra se proyectaba en toda la Francia, la figura colosal del emperador. El pueblo, el ejército, la nación y la Europa dominada, petrificados por aquella poderosa mano, necesitaban un glorioso reinado, y para satisfacerse París, así como después de César, Augusto llenó las aspiraciones de Roma, después de Napoleón necesitaba de un gigante.

* * *

Carlos no fué más que un hombre. Tuvo miedo de subir a la cumbre. El abismo atrae. Víctima de un vértigo falaz, cerrando los ojos a la luz, se precipitó en la abierta sima. Silencio ante su tumba, porque en ella todo termina; apenas habrá legado un vago recuerdo al pueblo, que, semejante al agua, pasa, claro o turbio,

cerca de todo, sin participar de nada más que de la obscuridad.

* * *

No esperéis que yo dirija amargos reproches a ese caído; no soy el pájaro que grita en las playas del mar, y que al ver cómo se desprende el rayo de las nubes, lanza a los marineros perdidos graznidos siniestros. Aislado con frecuencia de todas las pasiones, he rehuído siempre los besos traidores y el himno con que nos halaga la popularidad con su voz aduladora, por lo que no esperéis que compre hoy elogios para mí, prodigándole vituperios: el que quiera zaherir a los reyes caídos, que convierta su calvario en una vil picota, que yo no afligiré a Carlos X en su sarcófago, como no le afligí en otros días en su destierro.

IX

¡Descansa, hijo de Francia, en la tumba del destierro que te tiene lejos de la Patria! ¡Dormid, Majestad! Conviene que esta sombra velada, que ese anciano pastor muerto lejos del rebaño de su pueblo, ese rey casi secular, yazga en reposo eterno; que goce al menos de la paz tranquila de las tumbas, ya que mientras vivió sufrió los vaivenes del

infortunio. Pueblo, seamos ciegos, seamos fuertes y olvidemos. Jamás el hedor de los muertos atrajo a los leones. Encierra sublime grandeza el odio de un gran pueblo cuando perdona al que desciende al sepulcro y combate a sus enemigos que están en pie. Le combatisteis cuando era rey poderoso; muerto, ya no os debéis ocupar de él; yo no creo que sea digno de un pueblo como el de Francia juntar al brazo que mata la mano que abofetea.

X

Nosotros, que somos pastores de los espíritus, que desde los bordes del camino observamos todos los pasos que da el género humano, poetas por nuestros cantos, pensadores por nuestras ideas, empujemos hacia el sendero de la razón a las almas retardadas; apresuremos la llegada de la era en que se unan con amorosa lazada el trabajo popular y el trabajo real; en la que la ira y el poder se divorcien; en la que los que sean fuertes teman a su misma fuerza, y en que tiemblen de respeto a un mismo tiempo los reyes ante sus deberes y los pueblos ante sus derechos. Ayudemos a los acontecimientos que el Señor envía para que abran una senda o para que cierren el camino a las revoluciones, cuya superficie fermenta; a los cambios re-

pentinos que todo lo conmueven, a que desaparezcan las nubes del alma, a colocar por encima de las leyes, como una aureola, el sentimiento profundo que está concentrado en nosotros, que el hombre llama duda y la mujer compasión; apliquemos en beneficio de la clemencia los altos hechos que sobrevengan en el Estado, que consiguen, al considerar a los vencidos y a los vencedores, hacer que vacile la certidumbre humana; hagamos que llegue pronto la hora en que sobre los sepulcros fríos sólo se escriban palabras de perdón y de esperanza; consigamos que muertos ya el emperador y los Capetos, no se excluya a éstos de San Dionisio ni a aquél de su Columna. De nada sirve esta acción vengativa.

* * *

Llegará un día en que se comprenda en todo el mundo que ninguna ley tiene derecho, sin faltar a la equidad, a exigir que expíen todos el delito que uno solo cometió, ni a hacer que beba el hijo la hiel que derramó su abuelo. Cuando un aguilucho real caiga de su encumbrado nido, no se le castigará por haber sufrido el castigo del águila; conservando el derecho que ha comprado de confiar el poder y de entregar el trono y el Louvre al más digno, podrá el pueblo sin espanto ni zozobra ver que un niño más

juega en la ciudad, porque entonces todos exclamarán: —«Es muy justo dejarle la patria al que ha perdido el trono!»

* * *

¡Oh poesía! Tu vuelo se refugia en el cielo cuando, aullando los partidos, luchan entre sí en desenfrenada orgía; cuando la necesidad, según las disposiciones de su código formidable, castiga al fuerte, al débil y aun al inocente, y sorda e implacable extiende su anatema desde la faz arrugada del anciano hasta la frente tersa del niño.

* * *

Huyes entonces de un solo vuelo hacia las regiones de la luz, para que tu diáfana pureza no se salpique con el fango y con el polvo de los caminos que nosotros hollamos, y para que las nubes y las tempestades, que pasan sobre nuestras cabezas, sólo puedan desencadenarse debajo de tus pies

* * *

Tu sabes que es el hombre un astro que carece de órbita, que vaga a la merced de todos los vientos; tú sabes que la injusticia habita entre los hombres, y que nuestros corazones son una especie de circo en los que, soberanas las pasiones, grupo horrible contra el que en vano combatimos, se-